

LOS PUEBLOS CÉLTICOS PENINSULARES

Martín Almagro-Gorbea

*Martín Almagro-Gorbea*¹

Pocos temas en la Protohistoria de la Península Ibérica resultan tan de actualidad y suscitan un interés tan continuado como el de los pueblos celtas. Más concretamente, las poblaciones célticas peninsulares ofrecen el interés añadido de ayudar a comprender las raíces étnicas y culturales de gran parte de la Península Ibérica, además de su creciente importancia para los estudios célticos de ámbito general, cuyo desarrollo en la actualidad se explica por su importancia para gran parte de las regiones occidentales de Europa, que comparten esta misma raíz cultural y étnica.² Todo ello revela un interés científico objetivo que trasciende errores y manipulaciones surgidas a lo largo de la Historia, hecho no comprendido por algunas visiones historiográficas excesivamente críticas.³

Los Celtas es un pueblo de estirpe indoeuropea pero de origen mal conocido, que, tradicionalmente, los arqueólogos consideraban originarios de Europa Central, aunque, según la lingüística, más bien parecen proceder de un tronco indoeuropeo oriental. Los griegos identificaron como célticos a los pueblos que habitaban el Occidente, seguramente tras conocer gentes que se denominaban a sí mismos como tales *-Kelttoi-* (aunque la etimología de esta palabra sea discutida), etnónimo que ha perdurado en Hispania hasta la actualidad, pues varios pueblos de Galicia todavía conservan el nombre de *Celtigos*.⁴ Pero el concepto étnico clásico original se fue complicando al añadirse criterios de identificación lingüísticos, tras valorarse como celtas las lenguas irlandesa y galesa, a las que se ha añadido posteriormente el galo, el celtibérico y el

¹ Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. E-28040 Madrid.

² AA.VV. 1990; AA.VV. 1991.

³ G. RUIZ ZAPATERO 1992; Id. 1997, p. 32.

⁴ P. MADOZ 1847, p. 302; A. TOVAR 1977.

lepóntico, así como elementos culturales tomados de la literatura irlandesa, tradicionalmente reinterpretados con un espíritu romántico y literario más que científico, existiendo igualmente tradiciones folklóricas de origen celta, generalmente mal estudiadas. Pero a partir del siglo XIX, ha ido tomando fuerza la interpretación arqueológica, surgida de identificar como celta la Cultura de La Tène y del Hallstatt, así como el Arte de La Tène e Irlandés, derivado de él, lo que sólo es cierto parcialmente, pues excluye amplias áreas del mundo céltico, especialmente en Italia y España y, probablemente, también de las Islas Británicas.

Por ello se comprende la dificultad de definir actualmente el concepto de “celta”, aún excluyendo acepciones erróneas y acientíficas, algunas de ellas de gran popularidad. Pero esta dificultad es más aparente que real, pues se supera comprendiendo que el concepto de celta es una definición étno-cultural a la que sólo podemos aproximarnos desde una perspectiva interdisciplinar y comprendiendo su carácter polimorfo y complejo, que varió con el tiempo, desde la Protohistoria a la Edad Media, y el espacio, pues los celtas se extendieron desde Irlanda y Galicia en Occidente hasta la lejana Galacia, en la actual Turquía, por Oriente, y desde Escocia hasta Italia y Andalucía.

Más complejo todavía resulta este problema en la Península Ibérica,⁵ donde ocupaban amplias áreas de su zona central y occidental, pero tampoco se sabe cómo y cuándo llegaron, pues las tradicionales teorías de “invasiones celtas” tienden a ser sustituidas por procesos más complejos, de no menor interés para las etapas finales de la Prehistoria de Europa, en los que, junto a la idea de invasión, hay que valorar las de aculturación, colonización y de contacto interétnico,⁶ a fin de comprender en toda su complejidad las poblaciones célticas de la Península Ibérica, para cuya correcta valoración es preciso utilizar tanto los textos clásicos como los datos lingüísticos y arqueológicos, e, incluso, etnológicos, tan olvidados a pesar de su interés.⁷ Por ello, resulta difícil dar en

⁵ H. D'ARBOIS DE JUVAINVILLE 1893-4; P. BOSCH GIMPERA 1944; M. ALMAGRO 1952; AA.VV. 1990; J. DE HOZ 1988; M. ALMAGRO-GORBEA 1992; J. & A. F. DO AMARAL 1997; etc.

⁶ M. ALMAGRO-GORBEA 1995 a.

un espacio reducido una visión general de un problema tan complejo, aún limitándose a los elementos principales, como su origen, su articulación interna y su evolución socio-cultural.

A la llegada de Roma, Hispania ofrecía una de las mayores diversidades étnicas de toda Europa, acentuada por un claro gradiente cultural en sentido Norte-Sur y Este-Oeste, explicable por su mayor apertura o lejanía al Mediterráneo y a sus vivificantes influjos culturales acrecentada por la diversidad geográfica, apenas uniformada por la gran Meseta Central que actuaba como área de contacto. A lo largo del I milenio a. C. la Península Ibérica ofrece un complejo proceso de etnogénesis al formarse los diversos pueblos prerromanos en un proceso acentuado por el influjo de fenicios, griegos, púnicos y, finalmente, romanos, coincidiendo en general con su evolución hacia formas de vida urbana, proceso que culmina con la definitiva incorporación de Hispania a la órbita de Roma.⁸

Dentro del complejo mosaico étno-cultural de Hispania, cabe diferenciar a grandes líneas tres grandes troncos. Los turdetanos o tartesios e íberos ocupaba las zonas meridionales y levantinas abiertas al Mediterráneo y a sus corrientes civilizadoras, siendo los más cultos y civilizados, especialmente la Turdetania, en la actual Andalucía, como acertadamente señaló Estrabón (III,1,6 y 2,1). Por el contrario, en valles de las montuosas zonas próximas al Pirineo Occidental vivían vascones y otros pueblos afines no indoeuropeos, étnicamente más relacionados quizás con el mundo ibero y aquitano, aunque culturalmente resultan más afines a los pueblos cantábricos, siendo su aislamiento y pobreza lo que explica su marginalidad y la pervivencia de este substrato al no llegar a romanizarse.

Finalmente, otro tronco étno-cultural lo constituían los pueblos indoeuropeos, entre los que destacan los celtas no siempre fáciles de diferenciar. Éstos habitaban especialmente el centro, norte y occidente, desde el Sistema Ibérico hasta el Atlántico. En ellos cabe diferenciar los Celtíberos propiamente dichos,⁹ más desarrollados a la llegada de los roma-

⁷ J. CARO BAROJA 1946; M. ALMAGRO-GORBEA 1992; id. 1995.

⁸ M. ALMAGRO-GORBEA y G. RUIZ ZAPATERO (ed.) 1992.

⁹ J. MALUQUER y B. TARACENA 1954; A. LORRIO 1997.

nos y con una estructura gentilicia clientelar de ideología guerrera con tendencias expansivas, frente a los Lusitanos y otros pueblos del Norte, como Galaicos, Astures y Cántabros, de menor desarrollo y que mantenían una estructura pregentilicia más arcaica y basada en clases de edad.

La Península Ibérica, situada en el extremo SW. de Europa, ofrece el interés de ser el extremo más occidental del amplia área ocupada por los Celtas y de ella proceden las primeras noticias transmitidas por los griegos, como la *Ora Maritima* (1,185 s., 485 s.) o Herodoto (2,33; 4,49), así como las de Hekateo de Mileto, cuyas referencias a los celtas se sitúan próximas al Norte de los Pirineos hacia el 600 a.C.

En Hispania, su largo contacto con tartésios e íberos afirmó su personalidad dentro del mundo céltico y enriqueció su cultura, llegando a poseer escritura, cerámica a torno, urbanismo e instituciones urbanas, etc., hasta el punto de ofrecer el mejor conjunto epigráfico conocido en lengua céltica antes de las tradiciones literarias irlandesas medievales, por lo que son un testimonio directo de su lengua y su mentalidad en la Antigüedad, aunque sus características peculiares han dificultado hasta fecha reciente su correcta valoración.¹⁰ Sin embargo, griegos y romanos los denominaron con el acertado nombre de Celtíberos, que inicialmente significaba “los celtas de Iberia”, pero que paulatinamente pasó a hacer referencia a su doble raíz cultural y étnica, personificada en la Celtiberia, región a caballo entre el Valle del Ebro y la Meseta que constituyó el principal área del mundo céltico peninsular. Por ello, Marcial (10,65), el gran poeta latino del siglo I de nuestra Era nacido en la celtibérica ciudad de Bilbilis (Calatayud), se consideraba descendiente de Celtas e Iberos: *ex Hiberis et Celtis genitus*.

En consecuencia, el estudio de los Celtas constituye uno de los temas más atrayentes de la Protohistoria de la Península Ibérica, esencial para comprender la formación de su etnia y cultura, pero también es uno de los campos peor conocidos del mundo céltico, lo que, junto a su personalidad, permite comprender el creciente interés internacional.

¹⁰ Véase a este respecto las comunicaciones a los Coloquios sobre Lenguas y Cultura Prerromanas, que se celebran desde 1974.

Sin entrar en una visión historiográfica, la presencia de Celtas en la Península Ibérica se conoció desde el Renacimiento gracias a los textos históricos greco-romanos, iniciándose los estudios lingüísticos en el siglo XIX con W. von Humboldt y d'Arbois de Juvanville, éste seguido por J. Costa. Pero fue un discípulo de Th. Mommsen, Adolf Schulten, quién a partir de los años 1920 reactivó el estudio de los textos históricos clásicos sobre los celtas de Hispania. Paralelamente, P. Bosch Gimpera relacionó dichos textos y los elementos lingüísticos celtas de la Península Ibérica con los restos arqueológicos que ofrecían los Campos de Urnas entonces descubiertos en el Noreste Peninsular, explicando su origen por medio de varias invasiones. Este hecho supuso la adopción en la Península Ibérica de la secuencia arqueológica centroeuropea de Campos de Urnas - Hallstatt - La Tène para elementos culturales locales que poco tenían que ver con dichas culturas de Europa Central.

La entonces brillante visión integradora de cultura material, lingüística y fuentes históricas ha perdurado casi hasta la actualidad, a pesar de las crecientes dificultades que suponía el que nunca se documentaran en excavaciones las invasiones señaladas y menos aún las migraciones internas menores, buscando otros investigadores hipótesis alternativas más sencillas, pero sobre el mismo modelo invasionista.

Por el contrario, los lingüistas, especialmente Tovar¹¹ y otros lingüistas han mantenido la idea de varias invasiones, básicamente dos, pero sin explicar su época, vías ni modo de llegada.¹² La más antigua habría traído una lengua indoeuropea considerada precelta, hoy denominada "Lusitano", que se conservó por las regiones atlánticas del Oeste Peninsular, arrinconada por los Celtas propiamente dichos. Estos preceltas conservaban la P- inicial del indoeuropeo (fig. 1) y tenían una onomástica y una teonimia propia de aspecto muy antiguo, aunque algunos lingüistas, como Untermann, la consideran actualmente como un dialecto céltico primitivo.¹³

¹¹ A. TOVAR 1957; id., 1961; id., 1977a; id., 1986.

¹² Véase, por ejemplo, F. VILLAR 1991.

¹³ J. UNTERMANN 1987.

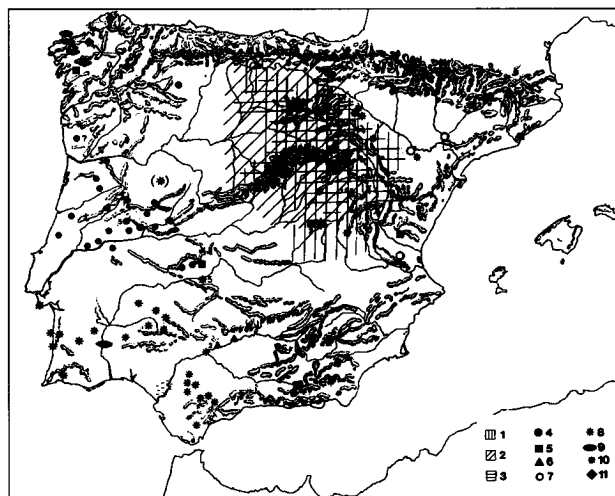
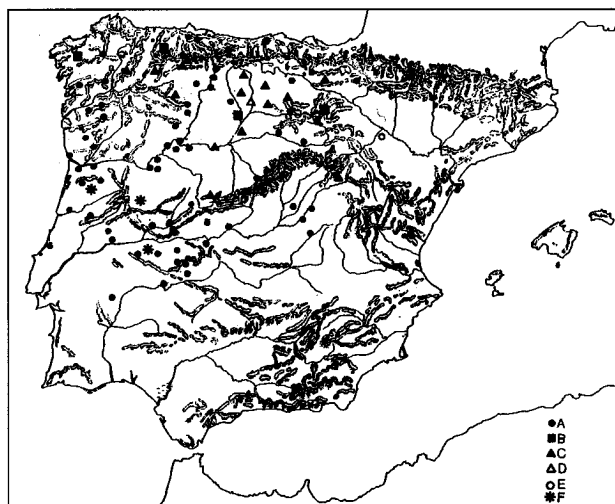


Fig. 1. Dispersión de topónimos y antropónimos en P- en la península Ibérica: A, Antropónimos; B, Etnónimos; C, Topónimos; D, Id. Palantia; E, P- perdida; F, P- en inscripciones lusitanas (según Untermann, ligeramente modificado).

Otra invasión posterior sería de celtas propiamente dichos, documentados en las altas tierras del Sistema Ibérico y del Este de la Meseta, de altura cercana a los 1000 metros. Su lengua, conservada en inscripciones en alfabeto ibérico y latino, sería el “Celtibérico”, de tipo más arcaico que el goidélico y el galo-britónico, lo que se adecua a su situación marginal en el mundo céltico, como ocurre con el lepóntico,¹⁴ nombre dado a la lengua celto-itálica antigua. Pero lingüistas y arqueólogos han trabajado muchos años sin lograr una visión de síntesis válida para una explicación de conjunto. Por ello, desde hace más de 100 años, un problema esencial de los Celtas en la Península Ibérica es explicar su origen de acuerdo con los datos lingüísticos, históricos y arqueológicos.

Para superar esta situación hace años propusimos analizar el substrato cultural de los celtas peninsulares para precisar su origen y características. Los estudios a partir de los años 1970 de la Cultura de los C.U. ha precisado su dispersión en el cuadrante Noreste Peninsular, lo que dificulta las tesis invasionistas tradicionales, pues según los testimonios históricos y lingüísticos dicha zona la ocupaban los íberos, cuya lengua no era céltica, ni aparentemente indoeuropea, aunque en su parte septentrional su cultura deriva de la de los C.U., lo que plantea su posible celticidad cultural, al menos, en aspectos ideológicos, como evidencian sus santuarios gentilicios y sus necrópolis de incineración.¹⁵

Pero más significativos han sido los avances logrados en el conocimiento de la evolución cultural de la antigua “Celtiberia”, la *Keltiké* o mundo celta de la Iberia (Plinio, *N.H.* 3,29), de donde proceden la mayoría de los testimonios culturales célticos y donde, basándose en la continuidad cultural que ofrecen necrópolis y poblados, parece posible llegar a precisar el origen de la cultura y, en consecuencia, de las gentes identificadas en fecha tardía con los celtiberos.

Según el actual estado de la investigación, dichas áreas, a partir de la Edad del Bronce, a lo largo del II milenio a.C., aparecen ocupadas por pequeños núcleos de cabañas de la “Cultura de Cogotas I”, de econo-

¹⁴ M. LEJEUNE 1971; J. UNTERMANN 1987; A. L. PROSDOCIMI 1991; R. C. DE MARINIS 1991; J. GORROCHATEGUI 1991.

¹⁵ M. ALMAGRO-GORBEA 1996, p. 30.

mía agrícola y ganadera de trashumancia local con predominio de ovejas, que asimilan la metalurgia del Bronce Atlántico a partir de fines del II milenio.¹⁶ En el I milenio, en torno al Sistema Ibérico, la futura *Celtiberia*, aparecen nuevos poblados predominantemente agrícolas en las vegas de los ríos con algunas cerámicas de los C.U. que evidencian cierta “deriva cultural” respecto a las gentes del NE de la Península Ibérica, por lo que parecen representar penetraciones de pequeños grupos de agricultores que colonizan estas tierras altas originarios del Valle Medio del Ebro, como indicarían sus cerámicas de decoración geométrica incisa y excisa.¹⁷ Además, ni estas gentes ni las de la cultura paralela de Soto de Medinilla en el Duero Medio evidencian ritos funerarios, como ocurría en Cogotas I, lo que las excluye de los C.U., aunque en la Celtiberia este hecho puede ser debido a un vacío en la investigación, pues estos materiales aparecen en la base de poblados celtibéricos que se relacionan con las más antiguas necrópolis de incineración, las cuales, junto a hogares domésticos rituales y morillos, indicarían la llegada de una sociedad gentilicia. Pero objetos de bronce como fíbulas de codo, espadas de Huelva, etc. son de origen atlántico meridional, esto es, proto-tartésico, como sus chozas redondas, confirmando el carácter mixto de esta cultura, como confirman sus vasos de ofrendas y de almacenamiento. Estos elementos de la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro parecen formar parte de un substrato cultural generalizado desde el Occidente de la Península Ibérica hasta la Meseta que coincidiría con elementos lingüísticos indoeuropeos o “protoceltas” y con elementos religiosos muy arcaicos, como ritos de enterramiento que no dejan evidencia arqueológica, quizás relacionables con las ofrendas de armas a las aguas en la Edad del Bronce (fig. 2A), tradición que pervivió en el mundo celta, o con la costumbre de Celtíberos y Vacceos de exponer los guerreros caídos en batalla a los buitres (Silio Itálico, *Pun.* 2, 3; Eliano, *De nat. anim.*, 10, 22) documentada en cerámicas de Numancia.¹⁸

¹⁶ G. DELIBES y F. ROMERO 1992.

¹⁷ A. LORRIO 1997, p. 260 s.

¹⁸ M. ALMAGRO-GORBEA 1992, p. 148.

Entre estas gentes poco a poco se fue generalizando el castro como forma de vida, lo que trasluce una inestabilidad creciente, consecuencia del aumento demográfico y de la necesidad de controlar y defender su pequeño territorio o *pagus*, generalmente reducido a un valle, como consecuencia del predominio de la ganadería, en parte trashumante para evitar la aridez estival de las llanuras meseteñas y la dureza invernal de las sierras, y de las consiguientes tensiones por el control de los esenciales pastos de verano. Este proceso favorecería una organización social cada vez más jerarquizada y guerrera, que debió dar lugar a élites guerreras que evolucionaron hacia clanes gentilicios de carácter hereditario a partir de la edad del Hierro.¹⁹

El habitat castreño perduró hasta época romana en las áreas más occidentales y septentrionales, desde Galicia al País Vasco, como sabemos por noticias del etnógrafo Posidonio transmitidas por Estrabón (3,3,7), quienes consideraron a dichas poblaciones como las más primitivas de Hispania. En efecto, la sociedad castreña corresponde al citado substrato “protocéltico” que explica la proximidad cultural, socio-económica, lingüística e ideológica de Vacceos, Vettones, Lusitanos, Cántabros, Astures, Galaicos e incluso Celtíberos, aunque éstos adoptaron a partir del siglo VI a.C. un sistema de clanes gentilicios y el hierro para su armamento gracias a su abundancia en las serranías ibéricas y centrales. De este modo se explica la más rápida evolución de la Cultura Celtibérica, principal núcleo céltico en la Hispania prerromana, su marcado carácter aguerrido y su gran fuerza expansiva, que tanto facilitó la posterior y progresiva “celtiberización” de las restantes poblaciones afines.²⁰

La primitiva organización socio-económica de las gentes castreñas es de gran interés y esencial para comprender su concepto de la vida. El castro o *castellum* era la unidad social de referencia, a la que aluden al indicar su nombre en inscripciones de época romana,²¹ existiendo divinidades

¹⁹ Id., 1994, p. 14 s.

²⁰ Id., 1995a; A. LORRIO 1997.

²¹ M: L: ALBERTOS 1976; Id. 1988; G. PEREIRA 1982; M. ALMAGRO-GORBEA 1994.

específicas de los castros y de sus gentes, como *Aetobrigus*, *Lanobrigae* o *Band(ua) Araugel(ensis)*, representada como *Fortuna-Tyché*, una divinidad primigenia de toda la colectividad. Estas gentes explotaban la tierra en común, como los vacceos (Diodoro 5,34,3) y como se ha conservado en algunas comunidades tradicionales de la Península Ibérica, costumbre también documentada en Esparta, Argos y Messenia²² y en otros pueblos indoeuropeos, como eslavos o germanos, al ser anterior al desarrollo del sistema de clanes gentilicios y a la extensión de la propiedad familiar. Las mujeres hacían la labor del campo (Estrabón 3,4,17) y, en consecuencia, entre los Cántabros,²³ los maridos dotaban a sus mujeres y las hijas daban esposas a los hermanos, ya que ellas heredaban la casa y la tierra, como entre los Pictos de Escocia.²⁴ Este sistema social, que puede considerarse semejante al de los Germanos organizado por gentes o clanes y parentelas (*gentibus cognatibusque*, César, b.G. 6,22), lo explica Justino (44,3,7) al señalar cómo *feminae res domesticas agrorumque administrant, ipsi armis rapinis serviunt*, “las mujeres se ocupan de la tierra y la casa mientras que los hombres se dedicaban a la guerra y las racias”. Esta aguda observación permite reconstruir la estructura guerrera de aquella primitiva sociedad en la que la división sexual de roles característica de toda sociedad de pastores-guerreros explica que la actividad varonil fuera la ganadería, la caza, la guerra y las racias de ganado, como ocurría en otras culturas célticas, como la irlandesa.²⁵

En este contexto socio-cultural no existiría ejército especializado en una guerra continua, sino racias de primavera a otoño, siendo el arma esencial la lanza. El número de guerreros sería muy reducido y las tácticas, simples para resolver conflictos de poblados vecinos por medio de emboscadas y guerrillas, practicando el bandolerismo y la racia en regiones apartadas, así como la tradición del *ver sacrum*, pero siempre limitada a grupos reducidos. Existía igualmente la lucha de campeones,

²² D. M. MACDOWELL 1986: 89 s.

²³ Sobre las arcaicas costumbres de los Cántabros, J. GONZÁLEZ ECHEGARAY 1966; E. PERALTA 1990.

²⁴ H. D'ARBOIS DE JUVANVILLE 1981, p. 173.

²⁵ M. ALMAGRO-GORBEA 1996.

a juzgar por la aparición de grandes espadas que evidencian combates individuales. Estos pueblos conservarían costumbres ancestrales, divinidades indoeuropeas, como evidencia la etimología de sus teónimos, y ritos comparables a algunos del mundo itálico y germánico, pues su origen debe buscarse en la religión y la sociedad indoeuropea anterior a la formación de la sociedad gentilicia céltica documentada en las culturas centroeuropeas del Hallstatt y La Tène. Estos guerreros estaban organizados en clases de edad y en fratrías, pues Estrabón (3,3,7) indica que comían por orden de edad y prestigio, como los galos (Ateneo 4,152) y los dorios²⁶ y que los jóvenes en edad militar, la *iuventus*, formaba grupos dedicados a la caza, la racia y la guerra (Diodoro 5,34,6) en territorios fronterizos o alejados de su poblado. La finalidad de esta costumbre era probar su valor antes de ser admitidos en la sociedad, además de servir para regular el posible excedente demográfico y de permitir el enriquecimiento personal con el botín, generalmente ganado, lo que supone una clara ideología guerrera que explica que Estrabón los comparara con los lacedemonios.

Para formar parte de estas fratrías guerreras debían pasar ritos de iniciación, característicos de toda sociedad guerrera.²⁷ Estrabón (3,3,6) y Marcial (Epigr. 6,42,16) aluden a comidas frugales y a baños secos de sudor a base de piedras candentes seguidos de inmersión en agua fría y de unciones de grasa, que se han identificado en las “pedras formosas” de galaicos y vettones (fig. 2B),²⁸ a lo que, probablemente, se unía la inhalación de estupefacientes para representar el paso al Más Allá, de donde el joven salía “renacido” como guerrero, pues los baños otorgaban la invulnerabilidad y el *furor*, como Aquiles al ser bañado por Tetis,²⁹ explicando la tradición conservada en San Pedro Manrique (Soria) de atravesar las brasas descalzos el día de San Juan. Estos mitos evidencian la existencia de prácticas iniciáticas en las que el fuego y el agua hirviendo jugaban un destacado papel, mientras que la ingestión de

²⁶ D. M. MACDOWELL 1986, p. 113 s.

²⁷ K. R. MACCONE 1987.

²⁸ M. ALMAGRO-GORBEA y J. ALVAREZ 1992.

²⁹ G. DUMÉZIL, 1977, p. 575.

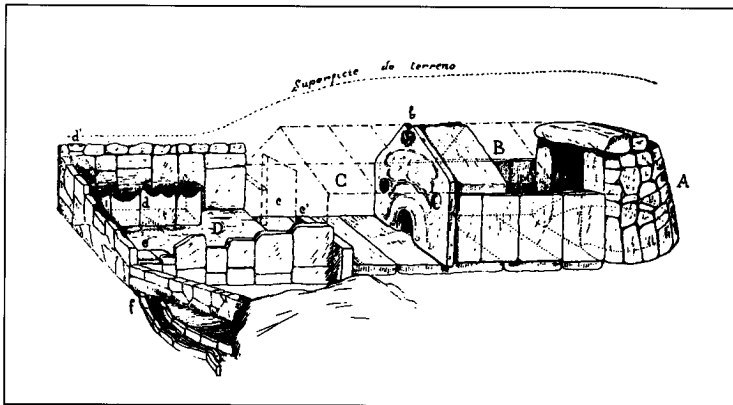
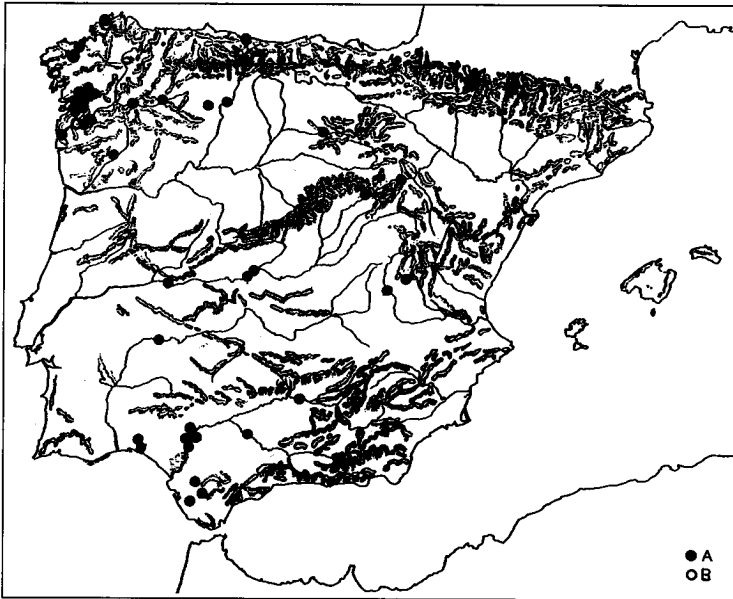


Fig. 2. Ofrendas de armas a las aguas del Bronce final y la Edad del Hierro (A) y laconica o saunas rituales de tradición prerromana (B).

una sola comida, pura y simple, recuerda la costumbre lacedemonia de privación de comida en estos ritos de paso y las comidas comunitarias propias de fraternidades guerreras,³⁰ como los banquetes de convivialidad y hermanamiento de las curias de Roma (Dion. Hal. 2,23,2). Por ello, estos ritos tienen numerosos paralelos en pueblos indoeuropeos, como escitas (Herodoto 4,73-75), dorios, en diversos pueblos itálicos (Virg, *Aen.* 11,785-788; Servio, *Ad Aen.* 11,785; Plinio, *N.H.* 7,19) y celtas centroeuropeos (Sidón Apolinar, *Ep.* 2,9,8-9) y de Irlanda (*La postración de Cúchulainn*, 36), existiendo costumbres semejantes por el Este y Norte de Europa entre escitas, eslavos y germanos que reflejan una tradición indoeuropea muy antigua del agua como punto de paso al Más Allá, de donde volvía el guerrero renacido. También realizaban juegos gimnásticos y cantos y combates rituales (Apiano, *Iberia* 71; Diodoro 33,21; Estrabón 3,3,7) y algunos guerreros usaban lanzas “con puntas de bronce”, lo que a fines del I milenio a.C. sólo se explica como una larga pervivencia de rituales de la Edad del Bronce.

Estas fraternidades guerreras pregentilicias³¹ son comparables a las de otros pueblos indoeuropeos³² y practicarían costumbres como el *ver sacrum*, consagración de todos los nacidos en un año que les obligaba a emigrar, formando expediciones guerreras y practicando el bandidaje hasta encontrar donde asentarse o ser exterminados, forma de vida característica de esta sociedad preurbana que contribuiría a la inestabilidad e inseguridad de toda la sociedad castreña, pero que también explica la gran capacidad de expansión de pequeños grupos a grandes distancias. Diodoro (V,34,6) comenta que “los que en edad viril carecen de fortuna y destacan por su fuerza física y valor... con las armas se reúnen en las montañas y forman ejércitos, recorren Iberia y amontonan riquezas por medio del robo” y Estrabón (3,3,5) precisa que “en la región entre el Tajo y el país de los Artabros habitan unas treinta tribus... la mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra y se dedican al pillaje, luchando constantemente entre sí y cruzando el Tajo para

³⁰ L. GERNET, 1982, p. 51 s.

³¹ P. CIPRÉS 1993; E. PERALTA 1990; Id. 1991; M. ALMAGRO-GORBEA 1997.

³² E. BENVENISTE 1969, 1: 222 s.; K. R. McCONE 1987.

atacar a pueblos vecinos". Estas bandas realizaban sus correrías por las regiones indoeuropeas occidentales de *Lusitania*, *Beturia*, *Vettonia* y *Gallaecia* (Apiano, *Iberia* 56-57 y 67-70; Orosio 5,5,12), pero cada vez tendieron más a raiar la zonas ricas, como la Bética y las áreas ibéricas (Apiano, *Iber.* 64; Floro 1,33,15), documentándose hasta plena conquista romana.³³

Estos grupos estaban dirigidos por un jefe, *dux* en la precisa terminología latina, normalmente el individuo más poderoso, como el mismo *Fionn*, jefe de los *fionna*, héroe de infancia y extraordinaria relacionado con el *sidh* o Más Allá y desposado con la Tierra, que poseía fuerzas mágicas, idea que permite interpretar los guerreros representados en las estelas de extremadura. A estos jefes se debía obediencia absoluta, quedando vinculados a ellos hasta la muerte por un pacto de fidelidad de carácter sacro, la *devotio* (Apian. *Iber.* 71; Livio 25,17,4 y 38,21). Esta costumbre indoeuropea³⁴ (César, *b.G.*, 3,22; Tácito, *Germania* 13 y 14; etc.) está atestiguada entre celtíberos (Plutarco, *Sert.* 14; Val. Máximo 2,6,14; Gelio 15,22; Orosio 5,23; etc.), lusitanos (García 1990: 238 s.), vettones (Apiano, *Iberia* 56-57 y 67-69) y cántabros (Silio Itálico, *Pun.* 16,46-50), pero también entre los íberos septentrionales, como los ilergetes Indíbil y Mardonio (Ramos Loscertales 1924; Rodríguez Adrados 1946). Tales jefes gozaban de prestigio y propiedades sobrenaturales, como ocurría con sus armas, entre las que destacaba la espada, que podía tener carácter mágico y era símbolo de su poder y autoridad, tradición que pervive en el ciclo artúrico medieval dada su ascendencia céltica.

Por ello, para dirimir enfrentamientos personales o entre dos colectivos, se recurría a combates individuales de tipo heroico entre dos guerreros descacados o "campeones", cuya suerte decidía la de sus ejércitos, lo que supone un sentido de ordalia o juicio divino muy acorde con su sentido sobrenatural de la guerra. Esta costumbre, documentada en la *Ilíada*, en la épica céltica irlandesa y entre los galos (Diodoro Sículo

³³ L. GARCÍA IGLESIAS 1988.

³⁴ E. BENVENISTE 1969: 67-78; B. GARCÍA 1990: 237.

5,29,2-3), también aparece entre los celtas hispanos en la escena de un conocido vaso de Numancia (fig. 3) y en episodios como el de Escipión, cuando como joven tribuno (Liv. *per.* 48,20) derrotó a un celtíbero de gran tamaño que lo había retado (*Ib.* 53; Pol. 35,5; Veleyo 1,12,4; Plut. *praec. ger. reip.* 804, p. 29; Ampelio 23,3; *De viris ill.* 58; Oros., *hist.* 4,21,2).

También correspondería a este substrato divinidades muy primitivas, seguramente no antropomorfas, cuyos nombres en *Bandu-*, *Nabia*, *Reve-*, *Cossus* o *Pala*³⁵ se asocian a cultos fisiolátricos en peñas, fuentes y ríos, como los santuarios de Cabeço de Fragoas, Lamas de Moledo, Ulaca (fig. 4) o la parte superior de Peñalba de Villastar. Muy interesantes son sus creencias y ritos, que incluían sacrificios sangrientos comparables a los de otros pueblos indoeuropeos. Estrabón (3,3,7) narra que hacían hecatombes y sacrificaban chivos, prisioneros y caballos a una divinidad guerrera identifica a *Ares* y documentada como Marte en la epigrafía romana, donde se asocia a alguna de dichas divinidades ancestrales, como *Cossus*. También sacrificaban prisioneros con fines adivinatorios (Estrabón 3,3,6; Martín Dumiense, *De correct. rust.* 8; Plut., *Quest. Rom.* 88) y para firmar la paz, en *Bletisama*, Ledesma (Livio, *per.* 48),³⁶ se sacrificaba a un hombre y un caballo, mientras que los cántabros también ofrecían sacrificios de caballos (Horacio, *Carm.* 3,4,34; Silio Itálico 3,361).

*

Todos estos elementos se extienden por el Occidente y la mitad Norte Peninsular y también parecen atestiguar en la Cultura Celtibérica, tal vez por constituir elementos arcaicos en desaparición, indicando desde la Edad del Bronce la existencia de un substrato cultural indoeuropeo muy arcaico, no radicalmente diferente pero anterior a la Cultura Celtibérica documentada de la Edad del Hierro, caracterizada por una organización en clanes familiares gentilicios indicada por los genitivos en plural de su onomástica, lo que supone un avance en la comprensión del

³⁵ J. DE HOZ 1985; B. GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT 1990: 325 s.; F. MARCO 1994; F. VILLAR 1996.

³⁶ J. DE HOZ 1986b, p. 48.



Fig. 3. Lucha de guerreros celtibéricos en un vaso de Numancia.



Fig. 4. Altar rupestre del oppidum de Ulaca, Ávila.

origen de est cultura. Dicho substrato posteriormente se habría fragmentado y se vería absorbido paulatinamente al surgir y expandirse progresivamente la Cultura Celtibérica desde el Sistema Ibérico a partir del siglo VI a. C.³⁷ Esta hipótesis explicaría la proximidad cultural, socioeconómica, lingüística e ideológica entre dicho substrato protocéltico de la Península Ibérica y la posterior Cultura Celtibérica, explicando su fácil y progresiva asililación posterior por ésta última.

En efecto, hacia el siglo VI a.C. se observa en las altas tierras del Sistema Ibérico y de la Meseta Oriental, la antigua Celtiberia, un cambio de gran trascendencia en la organización social que se caracteriza por la aparición de una estructura social gentilicia, quizás relacionado con la llegada de nuevas gentes desde el valle del Ebro. Este hecho, junto a la adopción del hierro para el armamento, abundante y pronto desarrollado en estas regiones, son fundamentales para explicar la formación de la Cultura Celtibérica y sus características guerreras y expansivas, la más importante entre los Celtas de la Hispania prerromana. Estas gentes, cuyo núcleo original se situaba entre el Sistema Ibérico y las altas tierras de la Meseta, la antigua *Celtiberia*, son los *Celtiberi* de los escritores clásicos, que los relacionan con los *Celti* de más allá de los Pirineos, siendo su lengua el "celtibérico" de los lingüistas y su territorio la Celtiberia hasta su posterior expansión sobre el substrato precedente.

Para comprender la formación de la Cultura Celtibérica³⁸ es preciso analizar la fase formativa de sus poblados y necrópolis para determinar su origen y significado étnico, valorando también los datos lingüísticos e históricos, aunque estos correspondan ya a su fase final. A inicios de la Edad del Hierro surgen en las altas tierras de la Meseta y del Sistema Ibérico poblados de tipo castro junto a necrópolis de incineración que pueden considerarse ya como una fase inicial de la Cultura Celtibérica, ya que muchos de estos yacimientos continúan hasta la llegada de Roma, que denominó a sus habitantes *celtiberi*. Para explicar la aparición de esta cultura caben varias hipótesis. Una es la llegada de grupos humanos que habrían traído consigo, ya formados, los elementos cultu-

³⁷ M. ALMAGRO-GORBEA 1992, p. 144 s.; Id., 1995a; A. LORRIO 1997.

³⁸ A. LORRIO 1997, p. 260 s.

rales de dichos poblados y necrópolis. Esta es la tesis invasionista tradicional mantenida con diversos matices por casi todos los estudiosos que han abordado este tema. La hipótesis alternativa es que dichos elementos corresponden a una cultura de formación compleja, pues el origen diverso de sus componentes parece resultado de procesos de aculturación y evolución, hipótesis que no excluye movimientos de gentes, pero cuyo efecto sería limitado, al menos en el campo de la cultura material, el que mejor documenta la Arqueología.

La Arqueología documenta cada vez mejor las características culturales de los Celtíberos, su evolución y sus relaciones con pueblos afines. La aparición de la Cultura Celtibérica y de su nuevo sistema socio-económico se relaciona con la aparición de pequeños castros que evolucionaron en general hasta los grandes *oppida* contemporáneos a las luchas con Roma. Los castros más antiguos, como los del substrato “protoceltico”, ofrecen viviendas circulares dispuestas sin orden alguno, tipo de vivienda que ha perdurado en áreas marginales como Galicia hasta época romana y en zonas montañosas hasta nuestros días. Pero a partir del siglo VI a.C., las casas redondas fueron sustituidas por rectangulares con medianiles comunes asociadas a un nuevo urbanismo de “poblados cerrados”, pues las puertas dan a una calle central y los muros posteriores hacen de muralla, a veces asociada a fosos y piedras hincadas.³⁹

Este urbanismo parece introducido desde los Campos de Urnas del Valle del Ebro, que penetró paulatinamente en la Meseta hasta llegar al Atlántico, indica una colonización definitiva del territorio y una creciente inseguridad, como consecuencia del aumento de la presión demográfica debida a innovaciones agrícolas y ganaderas y al control de pastos dada la extensión de ganadería ovina trashumante, que permitiría el óptimo aprovechamiento de las duras condiciones geográficas, evitando la aridez estival de las llanuras meseteñas y la dureza invernal de las sierras. Esta economía reforzaría el crecimiento demográfico y la jerarquización social latente en la organización pastoril trashumante del Bronce Final propiciada por la necesaria adaptación al medioambiente Meseta-

³⁹ M. ALMAGRO-GORBEA 1994, p. 24 s.; A. LORRIO 1997, p. 65 s.

Sierra y por la creciente concentración de riqueza y poder en quienes controlaban los pastos de verano, lo que implicaría una estructura social cada vez más jerarquizada y guerrera favorecida por la conflictividad que la trashumancia entraña, aunque la falta de estructuras monumentales y de todo elemento que refleje diferencias sociales en los castros parece indicar la continuidad de la organización social comunitaria de la Edad del Bronce. Esta explicación no supone discontinuidad en la organización social, aunque sea evidente la tendencia a poblados más estables y a ajuares más ricos en las necrópolis, reflejo de una sociedad con creciente capacidad de producción y de concentración de riqueza y poder, proceso que se vería favorecido por el comercio colonial de fenicios y griegos, especialmente activo a partir de fines del siglo VII a.C. por estar dirigido hacia estas élites sociales emergentes que lo controlaban, ya que les permitía aumentar su prestigio y estabilizarse progresivamente, reforzándose de este modo la aparición de una clase aristocrática gentilicia, menos rica, pero paralela a la documentada en Europa Central, Norte de Italia y Sur de Francia. Esta hipótesis explica las semejanzas y diferencias existentes en las ricas tumbas del inicio de la Edad de Hierro en todo el SW. de Europa, desde Corno Lauzo en Italia⁴⁰ a Gran Bassin en el sur de Francia⁴¹ o a alguna de la Península Ibérica, como Agullana 184⁴² o Calaceite.⁴³ Pero sus diferencias y amplitud cronológica, del siglo VII al V a.C., no permiten considerarlas prueba de una invasión ecuestre, como a veces se ha supuesto,⁴⁴ siendo más bien indicio de la aparición de elites guerreras gentilicias. Esta hipótesis no excluye, pero tampoco requiere la existencia de “invasiones”, al menos en el sentido tradicional, pues la aparición de dichas elites puede explicarse por evolución local y sus elementos comunes por contactos e intercambios, sin excluir que en ocasiones grupos de guerreros se impusieran y expandieran este tipo de sociedad.

⁴⁰ R. DE MARINIS 1988, p. 180 s.

⁴¹ M. LOUIS y O. Y J. TAFFANEL 1958, p. 49 s.

⁴² P. DE PALOL 1958, p. 53 s.

⁴³ J. CABRÉ 1942.

⁴⁴ W. SCHÜLE 1969.

La nueva organización social se caracteriza por su estructura gentilicia de origen indoeuropeo, caracterizada por la descendencia patrilineal de un antepasado común mitificado, siendo *el pater familias* la encarnación del *numen* o divinidad tutelar de la familia, el *genius familiaris*, lo que le confería la *potestas* como señor absoluto de la casa y sacerdote del grupo familiar, que incluía propiedades, siervos y clientes. Estos grupos gentilicios podían abarcar numerosas familias, llegando el *pater familias* a equivaler de hecho al *rex* de todo un poblado y su territorio, siendo sus divinidades familiares las protectoras de toda la comunidad, lo que facilitaría que, en su evolución final, el culto doméstico al “héroe fundador” familiar se convirtiera en el *conditor* de toda la población y se venerara en templos separados de la esfera doméstica. En este proceso la ocupación cada vez más estable del suelo a partir de la Edad del Hierro y el diferente acceso a los medios de producción introdujo diferencias sociales acentuadas por la aparición del artesanado y estimuladas por el influjo colonial. En este proceso el *heredium* o propiedad familiar equivalente a un huerto se extendería progresivamente favoreciendo el desarrollo del sistema clientelar, por el cual el cliente renuncia a sus propiedades y divinidades tutelares buscando protección en un patrono del que pasaba a depender adoptando sus divinidades familiares, quedando de hecho englobado en un grupo social mayor y, en consecuencia, más fuerte.

Por ello, los nuevos poblados aparecen asociados a elites guerreras, a la metalurgia de hierro y a un rito funerario de incineración, evolucionando hacia poblados más complejos, los *oppida*, como resultado de un proceso de urbanización que culmina con la romanización. En efecto, paralelamente se generalizó el nuevo ritual funerario originario de la cultura centroeuropea de los Campos de Urnas por el que el guerrero muerto era incinerado junto a su armamento de prestigio en necrópolis. Este rito supone creencias en la heroización,⁴⁵ asociadas, en el campo social, al sistema gentilicio y a ritos domésticos vinculados a morillos y a hogares rituales, como los documentados en los castros del Alto Chacón (Teruel) o Reillo (Cuenca).⁴⁶ Estos elementos ideológicos resultan

⁴⁵ M. ALMAGRO-GORBEA 1996, p. 88 s.

afines a los del mundo ibérico septentrional, ya que unos y otros deben considerarse relacionados con élites gentilicias originarias de los Campos de Urnas tardíos, pudiéndose suponer que con ellos se introdujera la lengua celta, que tal vez quedara eliminada por el ibérico en las zonas litorales. Aunque esta hipótesis no resuelve todos los problemas sobre el origen de los Celtíberos, es la que parece más viable de acuerdo con los datos actualmente disponibles.

Las necrópolis celtibéricas constituyen el mejor elemento para comprender la estructura y la evolución social de estas gentes, pues las armas de los ajuares reflejan su estructura gentilicia y su fuerte jerarquización social.⁴⁶ También aparecen variantes rituales que pueden deberse a diferencias étnicas, cronológicas e incluso sociales, como los túmulos en áreas pastoriles, como Pajaroncillo (Cuenca), o la peculiar alineación de tumbas con estelas característica de necrópolis celtibéricas como en Aguilar de Anguita (Guadalajara), ritos que carecen de paralelos en el mundo céltico europeo, tal vez por reflejar influjos mediterráneos. Aunque sólo las tumbas más ricas ofrecen una panoplia completa, éstas son comparables, como se ha señalado, a las del inicio de la Edad de Hierro de todo el Suroeste de Europa, pues sus diferencias y amplitud cronológica reflejan, más que una invasión, la aparición de jerarquías guerreras gentilicias que, por sus características aristocráticas, debieron tener contactos entre sí, contribuyendo a expandir progresivamente este tipo de sociedad guerrera y aristocrática.

El ajuar de estas necrópolis es muy significativo, constando de una urna y el armamento del guerrero, pero sólo las tumbas más ricas ofrecen la panoplia completa, con espada, dos lanzas, escudo y, a veces, casco, lo que evidencia una jerarquización social. Este ajuar evolucionó desde el siglo VI a.C., cuando desde el ámbito colonial se introducen cuchillos afalcatados o largas lanzas de origen tartésico orientalizante que indican el uso del hierro en el armamento. Las tumbas más antiguas, del siglo VI a.C., sólo ofrecen dos lanzas, pero antes del siglo V a.C. sur-

⁴⁶ M. ALMAGRO-GORBEA y L. BERROCAL, e.p.

⁴⁷ F. BURILLO (ed.) 1990; A. LORRIO 1997, p. 111 s.

gen ricas panoplias que evidencian el desarrollo de élites gentilicias, aunque sus armas son diferentes de las célticas centroeuropeas: espadas cortas de frontón o antenas desarrolladas; lanzas, escudos redondos, y excepcionalmente cascos, etc. Las diversas variantes de espadas de antenas son características de la Edad del Hierro de los Campos de Urnas tardíos del Languedoc, Cataluña, Valle del Ebro y Aquitania, pero las espadas tipo "Monte Bernorio" del Norte de la Meseta tiene su origen en el Bronce Atlántico y las de frontón deben considerarse de origen mediterráneo, ofreciendo alguna de las tumbas el mismo armamento que las esculturas ibéricas de Porcuna (Jaén) de inicios del siglo V a.C., ya que parte de la panoplia celtibérica parece proceder de la Cultura Ibérica, como ocurre con otros elementos culturales de los Celtas peninsulares.

También es interesante examinar el resto del ajuar metálico, especialmente adornos, pues reflejan diferencias étnicas, sociales y cronológicas. Por ejemplo, las fíbulas de doble resorte y los broches de cinturón de las sepulturas más antiguas, del siglo VII/VI a.C., son de origen colonial por intermediación tartésica, como los *kardiofilakes*. Otros adornos, como espirales o placas de bronce, deben proceder de Centroeuropa a través del Golfo de León, pero es difícil precisar vías y modo de llegada de estos objetos, dado el vacío cronológico y geográfico entre los prototipos y los ejemplares peninsulares.

En la cerámica, las urnas más antiguas son a mano, con perfiles en S y a veces pie elevado que las relacionan con los C.U. evolucionados de la Edad del Hierro del NE. Peninsular, más concretamente, del Valle del Ebro.⁴⁸ Pero las cerámicas pintadas con decoración geométrica que aparecen en necrópolis y poblados confirmando su relación ofrecen formas que manifiestan un doble origen: las urnas y cuencos troncocónicos proceden de los C.U., pero los cuencos de ofrendas tienen sus raíces en el Bronce Final local, pudiéndose explicar este doble origen porque urnas y tapaderas llegarían con el rito de incineración, ya que todo rito tiende a extenderse con los elementos de cultura material necesarios para su aplicación, mientras que los vasos de comida y almacén dependen de

⁴⁸ J. A. ARENAS 1997.

hábitos de comida originarios del substrato de local, como lo sería el predominio de la ganadería.⁴⁹

En resumen, el artesanado de esta fase celtibérica inicial evidencia una formación compleja debida a influjos múltiples recibidos, siendo claramente diferente de las Culturas del Hallstatt y La Tène extendidas por otras áreas del mundo céltico. Al descartarse un origen único de sus elementos, estos objetos no prueban ninguna invasión, idea derivada del espejismo producido por su aparición conjunta en las necrópolis celtibéricas de la Meseta, sino que son elementos de estatus de las elites guerreras de la Edad del Hierro, difundidos por regalos e imitaciones del artesanado al servicio de las mismas, como indica su proporción minoritaria en los ajuares funerarios. Pero aunque las técnicas y formas sean a veces de origen mediterráneo, dejan traslucir usos, ideologías y un sentido estético genuinamente célticos, que arraigaron profundamente hasta época romana.

La introducción en la Meseta de estas jerarquías reforzaría la tendencia expansiva latente en toda organización pastoril trashumante, cuya evolución se vería propiciada por la adaptación al medioambiente Meseta-Sierra y por la introducción del hierro, muy abundante y pronto desarrollado en estas regiones, que sería fundamental para el nuevo armamento. Así se comprende la formación y las características expansivas de la Cultura Celtibérica que constituyó el principal núcleo céltico en la Hispania prerromana, pero no único de los Celtas peninsulares. Esta estructura socioeconómica, tan adaptada al medioambiente, ofrecía costumbres como racias para pillaje y robo de ganado o el mercenariado, favorecido por el contacto con griegos, púnicos y romanos, formándose ejércitos gentilicios cada vez mayores y creciendo su capacidad organizativa hasta llegar a convertirse en verdaderos ejércitos personales, con un jefe carismático al que se dedicaba culto y al que consagraban su vida sus más inmediatos colaboradores (Estrabón 3,4,18; Plutarco, *Sert.* 14,4; Valerio Máximo 2,6,11). Estos grandes clanes gentilicios podían llevar a cabo guerras privadas, lo que explican su tendencia

⁴⁹ M. ALMAGRO-GORBEA 1992, p. 148.

expansiva y la consiguiente “celtización” del substrato “protocéltico”, relacionado con los Celtíberos ideológica y lingüísticamente, hasta que la conquista romana truncó este proceso tras una impresionante resistencia de casi dos siglos. Diodoro Sículo (33, *fr.* 17) indica que los *eugeneîs* o nobles podían llegar a dominar otras poblaciones, siendo un ejemplo evidente el príncipe de nombre celta, *Allucius*, que, agradecido por haberle devuelto Escipión a su novia, rehén de los púnicos en Cartago Nova, se le presentó el 209 a.C. con 1400 *equites* o caballeros de entre sus clientes (Livio 26,51,7; Frontino, *str.* 2,11,5; Diodoro, *fr.* 57,43; Val. Max. 4,3,1; Polib. 19,19; Gellio 6,8), lo que supone un auténtico *equitatum* o fuerza de caballería de estructura gentilicia.⁵⁰ Igualmente se explica el creciente desarrollo de la poliorcética y de la capacidad ofensiva y de organización de ejércitos cada vez más numerosos, proceso en el que debió jugar un papel fundamental la experiencia obtenida por estos gerreros gentilicios como mercenarios en el mundo colonial, pues en estas empresas obtendrían riquezas y prestigio, como el famoso *Moericus* que entregó Siracusa a los romanos y fue premiado con la ciudadanía romana y la ciudad de Morgantina, adquiriendo también nuevas concepciones tácticas, que explican la capacidad estratégica de personajes como Viriato.

Paralelamente, el contacto con el mundo ibérico facilitó una creciente asimilación de elementos mediterráneos que fue en aumento a lo largo de la segunda mitad del I milenio a.C. Este proceso es esencial para comprender, desde la Arqueología, la personalidad cultural de los Celtas de la Península Ibérica, pues se fueron aproximando a la Cultura Ibérica, diferenciándose progresivamente de la cultura de La Tène generalizada por otras zonas del mundo céltico. Por ello, al aumentar los conocimientos del mundo clásico greco-romano sobre el mundo celta, surgiría el término de *Celtiberi* para referirse a la personalidad cultural de estos Celtas hispánicos, aunque este término quedó de hecho restringido a su zona nuclear, la *Celtiberia*, situada en las altas tierras de la Meseta Oriental y la Cordillera Ibérica. .

⁵⁰ Id., 1997; M. ALMAGRO-GORBEA y M. TORRES, 1998.

Si la aparición del hierro y algunas armas, fibulas y cerámicas testimonian estímulos mediterráneos desde el siglo VI a.C., este proceso se acentúa a partir del siglo IV a.C., cuando se produce la temprana asimilación del molino circular y del torno de alfarero. La cerámica se decoraba con pintura a torno de tipo ibérico, coexistiendo decoraciones y formas ibéricas y de origen centroeuropeo. Este proceso es esencial para comprender desde la Arqueología la Cultura Céltica de la Península Ibérica pues la fue aproximando al nivel de desarrollo de la Cultura Ibérica, diferenciándose progresivamente su cultura material y su tecnología del resto del mundo céltico.

Además, este proceso coincide con el máximo desarrollo de las necrópolis hacia el siglo IV a.C. En esta fase se generalizan ricas tumbas que evidencian una sociedad regida por elites guerreras y en las que resultan cada vez más frecuentes los atalajes de caballo que evidencian la formación de un clase aristocrática ecuestre. El rito sigue siendo de incineración en urna y las armas, a veces ricamente decoradas, suelen ser de tipo local, pero reflejan crecientes contactos externos, desde espadas y fibulas de La Tène a objetos mediterráneos, como los cascos, llegados a través del comercio y el mercenariado.⁵¹

Este proceso de apertura al Mediterráneo culmina en la última fase de la Cultura Celtibérica, desarrollada a partir de fines del siglo III a.C., que coincide con el final de su evolución hacia una vida urbana. En efecto, a partir del siglo III a.C. la población de castros característica de la Hispania Céltica tiende a concentrarse en *oppida*, grandes poblaciones fortificadas, generalmente situada en alto, que eran el centro político y administrativo de un territorio o *chora* (Diodoro Sículo 33, fr. 24), cada vez más amplio y jerarquizado, que incluía castros y poblaciones menores, por lo que en la mayor parte de los casos pueden considerarse ya como auténticas ciudades-estado, ya que tales *oppida* eran auténticas ciudades, *civitates* o *polis*, como los denominaron los historiadores de la Antigüedad, lo que explica su asociación a las entidades étnicas a medida que éstas adquirían personalidad política.⁵²

⁵¹ A. LORRIO 1997, p. 147 s.

En la Península Ibérica los *oppida* proceden del creciente desarrollo de los castros, aunque este proceso ya iniciado en el siglo VI a.C., cristalizó ante la presión militar de cartagineses y romanos. En el mundo tartesio-ibérico existían poblaciones de tipo proto-urbano desde el siglo VII a.C., pero los Celtíberos no construyeron grandes *oppida* hasta poco antes de la conquista romana, tal vez por un fenómeno de sinecismo o concentración de poblados, como indicarían los topónimos de *Contrebia* o *Complutum* y el texto de Apiano (*Iber.* 44) sobre la ampliación de *Segeda*, donde se obligó a habitar a los pueblos limítrofes. Por tanto, este fenómeno coincide con la aparición de *oppida* en Centroeuropa y refleja la creciente complejidad socio-cultural del mundo céltico, que en la Península se debe relacionar con el citado proceso de iberización y, a partir del siglo II a.C., con una intensa aculturación romana, reflejo de su predominio político, que se manifiesta en su urbanismo, estelas funerarias, leyes escritas en bronce, etc.

Estos *oppida*, cada vez más urbanizados, incluirían diversos grupos gentilicios procedentes de clanes originarios de los castros integrados en su territorio. Los más poderosos darían lugar a estirpes aristocráticas guerreras, *eugeneís*, dirigidas por jefes o *principes*, que irían extendiendo su poder dominando todo el territorio con sus clientes. Esta oligarquía de *principes* o aristócratas formarían el *senatus* al surgir estructuras e instituciones estables con una Administración compleja, con *senatus*, *magistratus* y *praetores* electos, como el *magister equitum*, dada la importancia creciente de la caballería, surgiendo censos para el pago de impuestos y el alistamiento para la guerra, dada la obligación general de participación en la guerra por encima de los intereses gentilicios en las nuevas ciudades-estado, así como asambleas guerreras basadas en organizaciones semejantes a los *comitia curiata* de Roma o al **corios* céltico. En este proceso las armas desaparecen como elemento de prestigio sustituidas por joyas y otros símbolos de poder, como el uso de torques, joyas y vajillas suntuarias que se atesoran privadamente, lo que evidencia cómo las elites aristocráticas gentilicias sustituían su estatus guerre-

⁵² M. ALMAGRO-GORBEA 1994, p. 26 s.; A. LORRIO 1997, p. 103 s.

ro por otro censatario que evidencia una sociedad cada vez más compleja y urbana. La paralela “iberización” cultural introdujo el torno y el molino circular y, en zonas orientales de la Meseta, dos elementos esenciales de la vida urbana: la escritura y la moneda, ésta relacionada con el pago de tasas y tributos, apareciendo el urbanismo ortogonal, siempre siguiendo modelos ibéricos, esto es, mediterráneos. Así se explica cómo una población céltica del Valle del Ebro, como *Contrebia Belaisca*, no se diferenciaba por su cultura material de las poblaciones ibéricas vecinas pues incluso ofrecía arquitectura monumental con impresionantes columnas y las elites vivían en *villae* helenístico-romanas, como la de La Caridad (Teruel), cuyo propietario o autor se conoce por un mosaico de *opus signinum*.⁵³

Muy característica de esta fase es la “cerámica celtibérica”, hecha a torno y decorada con tonos vinosos como la cerámica ibérica; alguno de sus grupos más tardíos, como el de Numancia,⁵⁴ ofrecen la personalidad de utilizar estas innovaciones ibéricas aplicándolas a un fondo estilístico e iconográfico propios, que constituyen uno de los más interesantes capítulos de todo el Arte Céltico. También la personalidad de los Celtíberos se manifiesta en sus monedas, derivadas de las ibéricas en tipos y metrología a partir del siglo II a.C.⁵⁵

Otro elemento cultural característico es la escritura,⁵⁶ que los celtíberos adoptaron de los iberos hacia inicios del siglo II a.C., utilizándose en monedas, pactos de hospitalidad, estelas funerarias, grafitos sobre cerámica, etc., lo que prueba su amplia generalización. Especialmente en el Valle del Ebro, la zona más permeable al influjo ibérico, incluso se utilizaron largos textos de bronce, seguramente de contenido sacro-jurídico, como en *Contrebia Belaisca* (Zaragoza), donde cabe suponer la existencia de un archivo oficial o *tabularium*.⁵⁷

El denominado bronce de Contrebia I, de inicios del siglo I a.C., seguramente una ley sacra, es actualmente el más largo texto céltico

⁵³ M. ALMAGRO-GORBEA 1994, p. 32 s.

⁵⁴ F. ROMERO 1977.

⁵⁵ J. UNTERMANN 1975, p. 84 s.; L. VILLARONGA 1979, p. 167 s.

⁵⁶ M. LEJEUNE 1955; J. DE HOZ 1986.

conocido de la Antigüedad. Por el contrario, el bronce de Contrebia II, con su texto en latín, hace referencia a un acueducto, a propiedad públicas y privada, a una organización política con magistrados y a complejas instituciones jurídicas de arbitraje incluso entre poblaciones de distintas etnias, pues se trata de un pleito en el que la ciudad celtibérica de *Contrebia* hace de árbitro entre dos ciudades-estado vecinas, una íbera, la de los *Salluienses* y otra vascona, la de los *Allavonenses*.⁵⁸ Finalmente, el bronce de Contrebia III⁵⁹ es un listado de personas que indica la existencia de censos entre los celtíberos, como César (*b.G.* 1,29,1) indica entre los Helvetas. Todo ello da idea del grado de desarrollo alcanzado y del rápido progreso del mundo celtibérico hacia formas de vida urbana, hasta que Roma fue imponiendo su dominio político a lo largo del siglo II a.C. y acabó absorbiendo la Cultura Céltica.

Pero, a pesar de la profunda evolución socio-cultural, la onomástica evidencia que se mantuvo la estructura familiar gentilicia clientelar, el *hospitium* o pacto de hospitalidad y creencias en divinidades del panteón céltico, como las *Matres*, *Cernunos* o *Lug*, pudiendo aparecer los primeros templos urbanos, como el de Tiermes o el altar de Ulaca.⁶⁰

Además, los textos históricos confirman que, dado su carácter guerrero, los celtíberos mantenían costumbres tradicionales, como ser hospitalarios y amantes de la guerra, con instituciones tan características como la *iuventus*, las luchas de campeones o la *devotio* o consagración de la vida al jefe militar. La guerra pasó de conflictos familiares o entre castros próximos a conflictos entre ciudades que incrementaban su poder y territorio, llegándose a conflictos interétnicos, como los documentados entre los turboletas y Sagunto. En este proceso se transformarían instituciones ancestrales, como el mercenariado o la *iuventus*, que se adaptarían a la nueva estructura urbana, o los pactos gentilicios de hospitalidad que se transformarían en alianzas o *symmachía*, como la

⁵⁷ G. FATÁS 1980; A. BELTRÁN et al. 1982; F. BELTRÁN et al. 1997; J. DE HOZ 1986.

⁵⁸ G. FATÁS 1980.

⁵⁹ F. BELTRÁN, J. DE HOZ y J. UNTERMANN 1997.

⁶⁰ J. M. BLÁZQUEZ 1983; F. MARCO 1987; Id., 1994.

establecida entre *Segeda* y los numantinos (*Iberia* 45) o entre *Lutia* y Numancia (*Ib.* 94).

En esta fase las tácticas y la forma de la guerra cambió profundamente. Las referencias de los historiadores clásicos hablan de ejércitos numerosos, formados por soldados o varones en edad militar (*andrôn*, *hebedón*), lo que hace suponer una movilización total de la población. Como ejemplo, cabe citar los 20.000 celtíberos que asediaron *Carabis* el 188 a.C. (Apiano, *Iberia* 43) o los 20.000 infantes y 5000 jinetes del ejército de Caro, elegido por arévacos y segedenses, con una proporción 4/1 de jinetes superior a la 1/10 habitual en la Antigüedad, lo que da idea de la importancia de la caballería celtibérica (*id.*, 45). Lúculo dio muerte a 3000 soldados y después a 20.000 infantes más en *Cauca*, la actual Coca (*id.*, 52), lo que suponía el total de la población, mientras que Numancia tenía 8.000 soldados, infantes y jinetes, el 141 a.C. (*id.*, 76).

Existían ejércitos capaces de movilizar 20000 hombres y de sitiar ciudades, como en *Carabis* (Apiano, *Iberia* 43), pero sin embargo, la táctica seguía siendo escasa, pues pervivían tradiciones anteriores, como la *iuentus* (*Ib.* 94), los *duces* gentilicios (Flor., *epit.*, 2,17,1314; 2,18,4), el combate de campeones y la táctica de infantería ligera incapaz de resistir un combate regular (*Ib.* 51), faltando disciplina y vigilancia, como se evidencia tras la derrota de Mummio por el lusitano César (id., 56). Pero el espíritu guerrero de esta sociedad se convirtió en un tópico, pues Cicerón (*Tusc.* 2,⁶¹65) señala cómo los *celtiberes... in proeliis exultant, lamentantur in morbo* (“los celtíberos se alegran en la lucha y se lamentan si están enfermos”), al contrario que los griegos.

Muy importante en esta evolución social de los *oppida* celtibéricos fueron los *equites* o caballeros, que debieron jugar un papel esencial (fig 5 y 6). Los textos testimonian esta caballería de elite, como *Moericus* o *Allucius* o los cuarenta caballeros nobles, *quadraginta nobiles equites*, que T. Sempronio Gracco incorporó a su ejército en la ciudad celtibérica de *Certima* (Liv. 40.,47), no como rehenes, sino con función militar, *militari iussi*, y en prueba de fidelidad, lo que revela una política de atracción

⁶¹ *BADIAN 1958; SYME 1958.

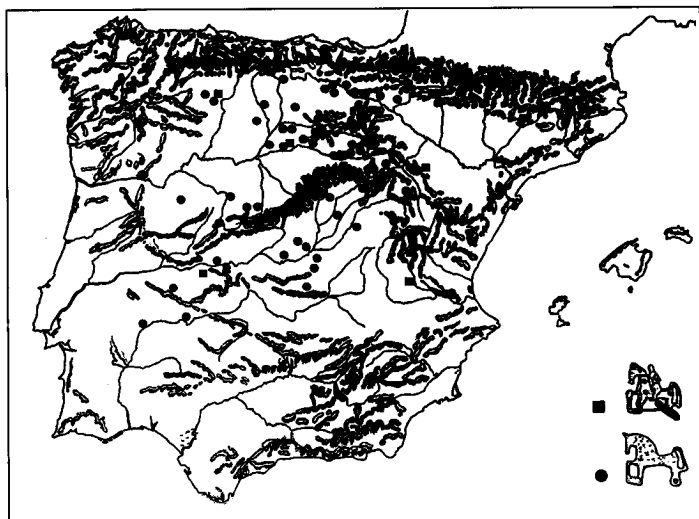


Fig. 5. Distribución de las fíbulas de caballito, símbolo de las elites ecuestres de los celtiberos y pueblos afines.

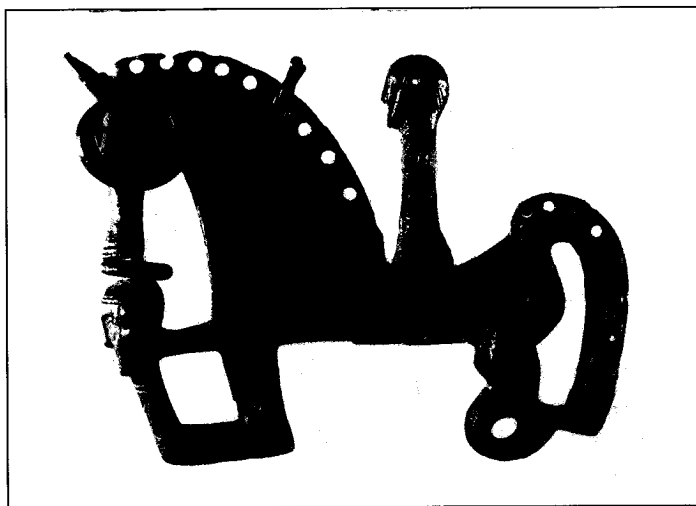


Fig. 6. Fíbula de Jinete procedente de Lancia o de tierras de León.

de las elites ecuestres que los romanos prosiguieron hasta la plena incorporación del mundo indígena. Estos *equites* constituirían las elites rectoras de sus *oppida* y *civitates*, siendo quienes se enfrentaron a Roma hasta ser aniquilados o romanizarse integrándose en la clientela romana, siendo de importancia similar a la que tuvieron en las Galias. Con ellos cabe relacionar otra institución del mundo céltico documentada por la onomástica, pues *Ambatus*⁶² parece un nombre relacionado con los clientes de dichas elites aristocráticas, los *ambacti* o *soldurii* de los galos, y su concentración en zonas de expansión celtibéricas del Alto Ebro y de la Lusitania confirmaría su relación con dicha estructura social, que tal vez pueda verse en los cinco amigos que acompañan a Retógenes para burlar el cerco de la Numancia y pedir ayuda (Ap. *Ib.* 94), así como en la referencia de Estrabón (3,4,18) de que dos hombres iban a caballo y uno de ellos luchaba a pie, lo que recuerda la *trimarchisia* céltica (10,19,11). También los pactos de hospitalidad entre zonas a veces muy apartadas y las fíbulas de caballito evidencian la expansión creciente de estas elites ecuestres por áreas como Extremadura, el Valle del Ebro o Cantabria.⁶³

En todo caso, la eficacia de esta organización gentilicia clientelar y guerrera debe considerarse la clave de la expansión celtibérica, paulatinamente impuesta sobre el sistema social anterior, proto-céltico, originario de la Edad del Bronce. Esta estructura socioeconómica, favorecida por la clientela personal y adecuada al medioambiente pastoril, facilitaba el desarrollo del mercenariado, la continuidad de la tradición de racias para el pillaje y robo de ganado y, en general, la tendencia expansiva de esta sociedad guerrera con la consiguiente "celtización" del substrato "protocéltico", proceso que iría transformando social, ideológica y lingüísticamente el estrato precedente, hasta que la conquista romana lo truncó tras una impresionante resistencia de casi dos siglos.⁶⁴

Esta "celtización" paulatina e intermitente a lo largo del tiempo más parece un proceso de colonización y aculturación que una invasión

⁶² M. L. ALBERTOS 1983; M. ALMAGRO-GORBEA 1992: f. 13B; J. M. ABASCAL 1994: 269 s.

⁶³ M. ALMAGRO-GORBEA 1997; M. ALMAGRO-GORBEA y M. TORRES, 1998.

⁶⁴ J. M. BLÁZQUEZ 1960; M. ALMAGRO-GORBEA 1997.

étnica, ya que su mayor trascendencia sería la de obligar a otras poblaciones a practicar la misma forma de vida como mejor defensa, hecho observado por Estrabón (3,3,5), por lo que este nuevo tipo de sociedad gentilicia guerrera se iría generalizando hacia los pueblos del occidente, ya que, a la llegada de Roma, el proceso de celtización era muy profundo en las zonas pastoriles occidentales ocupadas por Vettones y, menos, entre los Lusitanos y Galaicos, pertenecientes al substrato protocéltico citado, zonas hacia las que la expansión céltica mostró particular preferencia dada la similitud de substrato y de organización socio-económica. Además, si los crecientes influjos mediterráneos son determinantes para comprender su evolución cultural, tanto la evolución socio-ideológica como los elementos de cultura material confirman cómo prosiguieron los contactos con la Cultura de La Tène, adoptándose largas espadas, fibulas y elementos decorativos que dieron lugar a tipos locales en los que se ha querido ver pruebas de penetraciones de Galos. Entre estos elementos destacan joyas de gran calidad que serían símbolos de estatus y étnicos, como los *torques* característicos de los Celtas, de plata en la Meseta y de oro en el NW. (fig. 7), cuya diversidad técnica y de materia prima revelan la complejidad del mundo celta peninsular y la existencia de numerosos grupos locales, ya que la celtización de la Península Ibérica nunca fue uniforme, sino que varía según la personalidad cultural y étnica diferenciada de las distintas regiones y pueblos peninsulares. Este hecho se comprende mejor si se analiza la expansión céltica en dichas tierras.⁶⁵

Como se ha indicado, las investigaciones recientes permiten suponer ya en el Bronce Final un substrato cultural, lingüístico y religioso indoeuropeo muy relacionado con el mundo céltico y cuyo origen parece estar en el Bronce Atlántico, pues la introducción de pequeños grupos de los *Urnenfelder*, por su avanzada cronología y escaso número, no parecen haber tenido un papel trascendental. Estos elementos se extendían por el Occidente y el Norte peninsulares, pero también se atestiguan con menor intensidad por el Centro, en elementos arcaicos conservados en la Cultura Celtibérica tal vez por constituir un substrato en

⁶⁵ Id., 1995 a.

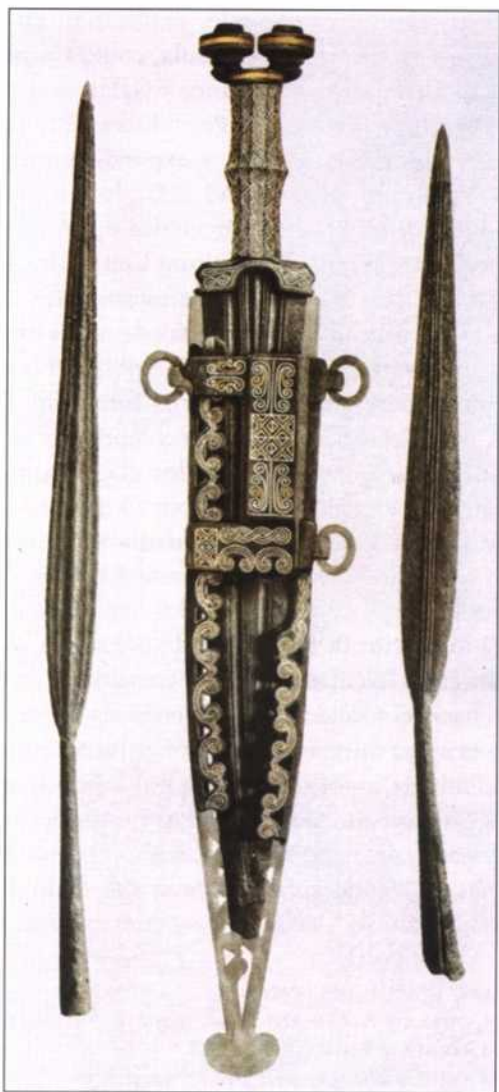


Fig. 7. Ajuar de guerrero de una tumba de la necrópolis de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila). Dibujo de E. Cabré

desaparición. Estos elementos comunes explicarían la citada afinidad entre los pueblos del Centro de la Península, como Carpetanos, Vacceos y Vettones, del Occidente, como Lusitanos y Galaicos, y del Norte, Astures, Cántabros, Berones, Turmogos y Pelendones. Este substrato quedaría fragmentado y absorbido al surgir y expandirse progresivamente la Cultura Celtibérica a partir del siglo VI a. C., lo que permite comprender la proximidad cultural, social, lingüística e ideológica entre dicho substrato protocéltico y la posterior Cultura Celtibérica, que se extendió sobre él, cultura que puede considerarse plenamente “celta” pues las fuentes clásicas la identifican con los Celtas de más allá de los Pirineos.

Elementos arqueológicos, lingüísticos, sociales e ideológicos de la Cultura Celtibérica, además de confirmar la formación compleja y gradual de la “Cultura Celtibérica”, ayudan a comprender su expansión. Por ejemplo, es evidente la coincidencia de los clanes gentilicios⁶⁶ con las necrópolis “celtibéricas”,⁶⁷ caracterizadas por su típico armamento, con la dispersión de las fíbulas, más tardías, de caballito,⁶⁸ así como con topónimos en *-briga* o con antropónimos y topónimos en *Seg-*,⁶⁹ o con elementos de la estructura social céltica, como los antropónimos *Ambatus*⁷⁰ o *Celtius*,⁷¹ (fig. 8) los pactos de hospitalidad⁷² o, incluso, algunas divinidades, como el dios celta *Lug*. La dispersión coincidente de estos elementos desde el Centro hacia el Occidente de la Península Ibérica sólo se explica por su pertenencia a una misma Cultura, la Celtibérica, que queda así geográficamente delimitada, pues su zona nuclear coincide con la *Celtiberia* de los escritores clásicos, situada en las altas tierras del Sistema Ibérico y de la Meseta Oriental, desde donde la celtización parece haberse extendido hacia las zonas occidentales, las más favorable dado su medioambiente pastoril y su substrato socioeconómico y etno-cultural similar.

⁶⁶ M. C. GONZÁLEZ 1986; F. BELTRÁN 1988.

⁶⁷ M. ALMAGRO-GORBEA y A. LORRIO 1987, mapa 1. A. LORRIO 1997, p. 112 s.

⁶⁸ M. ALMAGRO-GORBEA y M. TORRES, 1998.

⁶⁹ M. ALMAGRO-GORBEA y A. LORRIO 1987, mapa 3.

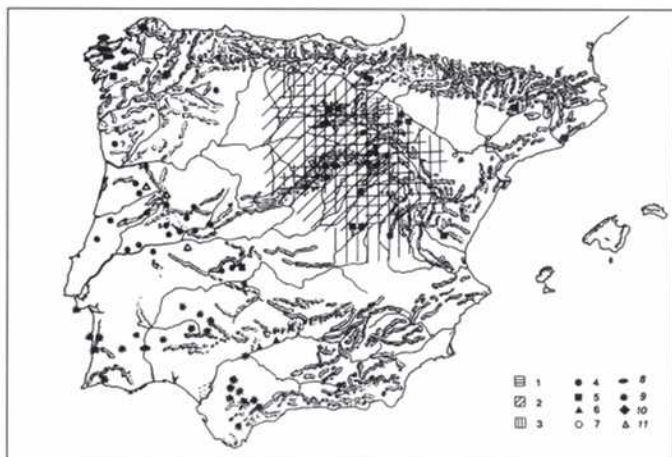
⁷⁰ Id., mapa 5.

⁷¹ M. ALMAGRO GORBEA 1995a, fig. 3.

⁷² M. ALMAGRO-GORBEA y A. LORRIO 1987, mapa 6.

Fig. 8. Guerrero lusitano-galaico con sus torques de Monte Mozinho, Portugal.

Fig. 9. Etnónimos y antropónimos en Celt- (Celtius, Celtiber, Celtitanus): 1-3. área lingüística del Celtibérico, según diversos autores; 4, antropónimo Celtius; 5, id. Celtiber; 6, id. Celtitanus; 7, gentilicio Celtiquum; 8, ciudades de los Celtici de la Beturia y la Bética; 9, etnónimos Celtici; 10, ciudades localizadas en la Celtiberia; 11, "Céltigos" en al toponimia actual.



Este proceso se inicia tras la formación de las necrópolis celtibéricas a partir del siglo VI a.C. Las tumbas con armas de las necrópolis vettonas de Ávila prueban su celtización a partir del siglo V a.C. y aún posterior sería la de Extremadura, Sur de Portugal y la Bética, así como la del Alto Valle del Ebro y o la del Noroeste, que acabó denominándose *Gallaecia*. Esta expansión gradual puede considerarse documentada por Plinio (3,13), que refiere cómo los *Celtici* de la Bética procedían de los Celtíberos de Lusitania: *celticos a celtiberis ex Lusitania advenisse manifestum est sacris, lingua, oppidorum vocabulis quae cognominibus in Baetica distinguuntur* (es manifiesto que los Celticos proceden de los celtíberos llegados desde Lusitania con sus ritos, lengua y los nombres de ciudades que los distinguen en la Bética). Dicha celtización explica el uso del antropónimo *Celtius* en Lusitania, donde se habría utilizado como apelativo étnico en dicha área occidental originariamente “protocéltica”. La fecha tardía de esta celtización la confirman los topónimos en *-briga* de Occidente, Andalucía y el Norte, cuya fecha muy avanzada evidencian sus nombres romanos, incluso de época imperial, como *Augustobriga* o *Flaviobriga*.

Pero no es posible demostrar, a través de la cultura material, la existencia de una ni menos de varias invasiones célticas en la Península Ibérica, pues hay que valorar más fenómenos como la evolución del substrato, y la difusión y aculturación, así como su organización socio-cultural, cuyo papel es determinante para comprender la aparición de elementos célticos en la Península Ibérica y su personalidad cultural.

Desde esta perspectiva, los Celtas de Hispania pueden explicarse como consecuencia de un proceso de celtización largo y complejo, sin excluir movimientos étnicos como algunos que citan las fuentes, pero que no permiten explicar los cambios que refleja el registro arqueológico. Además, este proceso no debió ser puntual sino intermitente a lo largo del tiempo y variando según los distintos territorios afectados, el substrato cultural y la época, intensidad y duración del mismo, por lo que podría considerarse “en mosaico”. La consecuencia sería la celtización paulatina de las zonas afectadas más como resultado de una peculiar aculturación que de un auténtico cambio étnico.⁷³

⁷³ M. ALMAGRO-GORBEA 1995a.

En este sentido, son interesantes las referencias de las fuentes históricas a algunas migraciones y su posible efecto. César (*b.c.* 1, 51) narra la llegada a Lérida el 49 a.C. de una masa pacífica de 6000 Galos con sus parentelas que quizás se instalaron en el valle del Ebro y explicarían topónimos como el de *pagus Gallorum* o el nombre del río Gállego. Otras fueron de carácter guerrero, como la invasión de Cimbrios del 104 a.C. documentada por algunos tesorillos numismáticos y que fue rechazada por los celtíberos. Por ello, muchas de estas invasiones serían de efecto nulo, no dejando testimonios. Pero en ocasiones favorables podrían aclarar el origen de algunos etnónimos, como, por ejemplo, los citados *Celtici* de la Bética procedentes de la *Celtiberia* según Plinio o los citados *Galli* del Valle del Ebro y los *Gallaeci* que han dado nombre a la actual Galicia, pudiéndose documentar la penetración de grupos semejantes por Cataluña, como parecen indicar los ritos de cabezas cortadas.⁷⁴

En otros casos pudo tratarse de grupos reducidos de guerreros quizás por motivos rituales e igualmente existirían expediciones dedicadas a la rapiña, características de toda sociedad guerrera, pues Diodoro (5,34,6) cuenta las frecuentes incursiones de Celtíberos y Lusitanos que asolaban Andalucía y el Levante pero que también iban a veces contra poblaciones próximas, como refiere Estrabón (3,3,5), ambiente guerrero que explica la generalización de pactos de hospitalidad. La mayoría de estas expediciones serían de efectos nulos, pero alguna pudo someter un territorio a una minoría de guerreros de otro lugar, como el *oppidum* de los Celtíberos existente en territorio de Ausetanos (Vich, Barcelona) (Livio, 39,56,1) o la dependencia de los Títos respecto a los Belos (Apiano, *Iberia*, 44), la hegemonía de los Arévacos de Numancia, etc. Este proceso de imposición de elites guerreras explicaría la celtización de algunas poblaciones de la Beturia⁷⁵ e, incluso, de la Bética, como *Arucci* (Aracena, Huelva) o *Acinipo* (Ronda, Málaga), en el antiguo territorio tartésico. También en algún caso, poblaciones prósperas de la Bética y el Levante recurrían a Celtas como mercenarios, lo que puede explicar la apari-

⁷⁴ J. SANMARTÍ 1994.

⁷⁵ L. BERROCAL 1992.

ción de armas celtibéricas en la necrópolis de Zafayona, Granada,⁷⁶ o de fibulas de tipo La Tène en tesoros de Sierra Morena,⁷⁷ etc., así como el uso de armamento de tipo céltico por los Íberos de Osuna y Liria.⁷⁸ Pero en un contexto cultural más desarrollado, tenderían a perder rápidamente su cultura material, lo más fácil de reconocer arqueológicamente, aunque tal vez conservaran su ideología y organización social, su onomástica y tal vez su lengua, como elementos de diferenciación étnica y de clase.

Pero este fenómeno tendría un efecto aculturador al extender las clientelas y las costumbres celtas y obligar a otras poblaciones a practicar su forma de vida como mejor defensa, hecho observado por Estrabón (3,3,5) que recoge la expansión de este tipo de sociedad guerrera hacia los pueblos protoceltas del Occidente y Norte, como Vettones, Lusitanos, Galaicos, Astures y Cántabros, cuyas costumbres se irían “celtizando”. Así se comprende la complejidad que ofrecen los elementos célticos de la Cultura Castreña en la *Gallaecia*.⁷⁹ Sus poblados de casas redondas, mantenían la tradición “matriarcal” en que las hijas heredaban la tierra y casaban a los hermanos (Estrabón 3,4,18), la onomástica se refiere al poblado y no a la estirpe, su lengua se relaciona con el Lusitano, tenían divinidades primitivas y culto a las peñas y a las aguas, no practicando el rito funerario de la incineración, etc., lo que corresponde al substrato protocéltico. Por el contrario, el empleo de torques (fig. 7) y cascos “célticos”, el nombre en Gallego actual del arado o del carro y algunos etnónimos locales como *Celtici* (fig. 8) o *Gallaeci*, manifiestan la celtización de esta región en un momento tardío, proceso interrumpido por la conquista romana.

Estos mecanismos explican cómo, a la llegada de Roma, la celtización fuera ya profunda en las zonas pastoriles occidentales ocupadas por Vettones y Lusitanos hacia las que la expansión céltica mostró particular preferencia, pero aún era incipiente en la mayor parte del Noroeste, la *Gallaecia*, lo que da idea de la diacronicidad del complejo proceso de

⁷⁶ W. SCHÜLE 1969, l. 82-83.

⁷⁷ M. LENERZ-DE WILDE 1991, p. 146 s.

⁷⁸ P. F. STARY 1982.

⁷⁹ A.C.F. DA SILVA 1986; F. CALO 1993.

celtización de Hispania. Tampoco se debe olvidar la existencia de migraciones internas dentro de las zonas ya celtizadas, normalmente hacia las zonas occidentales, las más atrayentes por su medioambiente pastoril y por su substrato cultural. Pero también existirían hacia el núcleo originario de la Celtiberia, como evidencian las correrías del lusitano Viriato, e, igualmente, de un lado al otro de los Pirineos, especialmente hacia Aquitania, como evidencia el episodio de la llegada de Galos a Lérida o de Cántabros a la Aquitania.

Estos fenómenos de celtización tendrían a la larga más trascendencia cultural que los grandes movimientos étnicos pues, junto al paralelo influjo de la cultura ibérica, irían transformando sus propias características originarias, lo que explica la gran extensión, falta de uniformidad y personalidad que ofrece la celtización de la Península Ibérica dentro del mundo céltico.

Como un tema final, es necesario hacer referencia, aunque sea más difícil, al legado que nos han dejado los Celtas en la Península Ibérica. Evidentemente, con ellos se pueden relacionar algunos nombres de lugar, como Galicia o Segovia o de ríos, como Gállego y Deva. Pero también algunos ritos de nuestro folklore, como las hogueras de San Juan, el árbol de Mayo, los endiablados de Almonacid del Marquesado o las creencias en el poder curativo de fuentes "santas", hechos vinculados a sus creencias sociales y religiosas. Además a ese origen cabe atribuir algunos carros, aperos y usos tan tradicionales como beber cerveza, bebida que en español ha mantenido su nombre céltico, pero aun es casi imposible precisar sus elementos antropológicos, aunque resulta evidente su presencia cultural en muchas regiones del interior, la antigua *Celtiberia*⁸⁰ y del Noroeste, la antigua *Gallaecia*.⁸¹

Por el contrario, es cada vez más rico el variado patrimonio de objetos de su artesanado especializado, que enriquece los museos y son el mejor testimonio de su personalidad y capacidad artística. Sus armas y joyas, símbolo de su estatus social, cerámicas como las de Numancia con escenas que reflejan su ideología, sus poblados y casas, sus monedas

⁸⁰ M. ALMAGRO-GORBEA 1995.

⁸¹ A. PEÑA 1994, p. 72 s.

e inscripciones, etc., constituyen uno de los más originales capítulos del Arte y la Cultura Céltica de toda Europa.

Este complejo panorama que ofrecen los Celtas de la Península Ibérica permite comprender el importante fenómeno de celtización que afectó a amplias áreas del Centro y Occidente peninsular, con una progresiva intensificación hasta la conquista romana, que supuso el final de la Cultura Céltica. Pero dado su interés, sobre el que no es necesario insistir, es seguro que los estudios de los especialistas, apoyados por el interés general que suscita en el público, permitirá en un futuro próximo precisar nuestros conocimientos y llegar a comprender mejor estos fenómenos que tanta trascendencia tuvieron en la conformación étnica y la Historia de las poblaciones de la Península Ibérica.



Fig. 10. Tésera de hospitalidad de Paredes de Nava. Museo Arqueológico de Palencia. Foto de J. A. García Castro.

Bibliografía

- A.A.V.V. 1990. *Los Celtas en España. Revista de Arqueología, Número Extraordinario 5*. Madrid.
- A.A.V.V. 1991. *I Celti*. Venezia.
- M. L. ALBERTOS 1976. Perduraciones indígenas en la Galicia romana: los castros, las divinidades y las organizaciones gentilicias en la epigrafía. *Actas del Bimilenario de Lugo*: 17 s.
- M. L. ALBERTOS 1983. Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine. *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt II*, 29-2. Berlin: 853-892.
- M. L. ALBERTOS 1988. Sobre los castella del NO. peninsular. *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua, 2*. Santiago: 191 s.
- M. ALMAGRO 1952. La invasión céltica en España. R. Menéndez Pidal (Ed.). *Historia de España 1,2*. Madrid: 1-278.
- M. ALMAGRO-GORBEA 1992. Los celtas en la península Ibérica: origen e interpretación cultural. *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 121-173.
- M. ALMAGRO-GORBEA 1994. El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y *oppida* en la Península Ibérica.
- M. ALMAGRO-GORBEA y A. M^a MARTÍN (Eds.). *Castros y oppida de Extremadura*. Madrid: 13-75.
- M. ALMAGRO-GORBEA 1995. Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: Las serranías de Albarracín y Cuenca. *El poblamiento celtibérico (III Simposio sobre los celtíberos. Daroca, 1991)*. Zaragoza, 1995: 433-446.
- M. ALMAGRO-GORBEA 1995 a. Mouvements celtiques dans la Péninsule Ibérique. Une révision critique. *L'Europe celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C. Contacts, échanges et mouvements de population. Actes du II Symposium International d'Hautvillers*. Sceaux 1995: 13-26.
- M. ALMAGRO-GORBEA 1996. *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid.

- M. ALMAGRO-GORBEA 1997. Guerra y sociedad en la Hispania céltica. Catálogo de la exposición *Historia de la Guerra en España*. Madrid, 1997: 207-221
- M. ALMAGRO-GORBEA y J. ÁLVAREZ 1993. La “Fragua” de Ulaca: saunas castreñas y baños iniciáticos en el mundo céltico. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 1: 177-253.
- M. ALMAGRO-GORBEA y L. BERROCAL, e.p. Entre celtas e íberos: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicias en Hispania. F. Gusi (ed.). *Santuarios ibéricos*. Castellón de la Plana (en prensa).
- M. ALMAGRO-GORBEA y A. LORRIO 1987. La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica. *Siposium sobre los celtíberos*. *Daroca* 1986: 105-122.
- M. ALMAGRO-GORBEA y G. RUIZ ZAPATERO (ed.) 1992. *Paleoetnología de la Península Ibérica. (Complutum 2-3)*. Madrid.
- M. ALMAGRO-GORBEA y M. TORRES e.p. *Las fíbulas de jinete y de caballito (Complutum Extra 8)*. Madrid.
- J. & A. FERREIRA DO AMARAL 1997. *Povos antigos em Portugal*. Viseu.
- H. D'ARBOIS DE JUVANVILLE 1893-4. Les celtes en Espagne. *Revue Celtique* 14-15: 357-395 y 1-61.
- H. D'ARBOIS DE JUVANVILLE 1981. *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*. Barcelona.
- J. A. ARENAS 1997. La génesis de la Cultura celtibérica en el área Alto Tajo-Alto Jalón: ¿Continuidad o ruptura? *Celtas y celtíberos. Realidad y leyenda*. Madrid: 114-141.
- E. BADIAN, *Foreign Clientelae (264-70 B.C.)*, Oxford 1958.
- A. BELTRÁN, A. TOVAR y E. PORTA 1982. *Contrebia Belaisca I. El bronce con escritura ibérica*. Zaragoza.
- F. BELTRÁN 1988. Un espejismo historiográfico. Las “organizaciones gentilicias” hispanas. *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua 2*. Santiago de Compostela: 197 s.
- F. BELTRÁN, J. DE HOZ y J. UNTERMANN 1997. *El tercer bronce de Botorrta (Conteibia Belaisca)*. Zaragoza.
- E. BENVENISTE 1969. *Le vocabulaire des institutions indo-européenes*. Paris.

- L. BERROCAL 1992. *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica. (Complutum Extra 2)*. Madrid.
- J. M. BLÁZQUEZ 1960. La expansión celtibérica en Carpetania, Levante, Bética y sus causas (siglos III-II a. C.). *Celticum* 3: 409 s.
- J. M. BLÁZQUEZ 1983. *Primitivas religiones ibéricas. Religiones Prerromanas*. Madrid.
- P. BOSCH GIMPERA 1944. *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. México.
- F. BURILLO (Ed.) 1987-1990. *Symposio sobre los Celtíberos I (1987), II, Las Necrópolis (1990), III, Los Poblados (1995)*. Zaragoza.
- J. CABRÉ 1942. El thymiaterion céltico de Calaceite. *Archivo Español de Arqueología* 15: 339-344.
- F. CALO 1993. *A cultura castrexa*. Vigo.
- J. CARO BAROJA 1946. *Los pueblos de España. Ensayo de Etnología*. Barcelona.
- P. CIPRÉS 1993. *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea. Vitoria. Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas: I (Salamanca 1974), Salamanca; II (Tübingen 1976), Salamanca; III (Lisboa 1980), Salamanca; IV (Vitoria 1985), Vitoria; V (Köln 1989), Köln; etc.*
- R. DE MARINIS 1988. Liguri e celto-liguri. *Italia. Omnium terrarum alumna*. Milano 1988: 157-259.
- R. DE MARINIS 1991. I Celti golasecchiani. *I Celti*. Milano: 93-102.
- G. DUMÉZIL 1977. *La religione romana arcaica*. Milano.
- G. FATÁS 1980. *Contrebia Belaisca II. Tabula Contrebiensis*. Zaragoza.
- B. GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT 1990. *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania*. La Coruña.
- J.-P. GERNET 1982. *Anthropologie de la grèce antique*. Paris.
- M. C. GONZÁLEZ 1986. *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania. Anejos de Veleia* 2. Vitoria.
- J. GONZÁLEZ ECHEGARAY 1966. *Los Cántabros*. Madrid.
- J. GORROCHATAGUI 1991. Descripción y posición lingüística del celtibérico. *Memoriae L. Mitxelena magistri sacrum*. San Sebastián: 3-31.

- J. DE HOZ 1985. Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas. *Actas III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Lisboa 1980). Salamanca: 343-363.
- J. DE HOZ 1986. "La epigrafía celtibérica". *Reunión sobre Epigrafía Hispánica de época Romano-Republicana*. Zaragoza: 43-102.
- J. DE HOZ 1986b. La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania. *Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en la Lusitania*. Cáceres: 31-49.
- J. DE HOZ 1988. The Celts in the Iberian Peninsula. *Zeitschrift für Celtische Philologie* 45: 1-37.
- M. LEJEUNE 1955. *Celtiberica*. Salamanca.
- M. LEJEUNE 1971. *Lepontica* (Monographies linguistiques, I). París.
- M. LENERZ-DE WILDE 1991. *Iberia Celtica*. Stuttgart.
- A. LORRIO 1997. *Los celtíberos* (Complutum Extra 7). Madrid-Alicante.
- M. LOUIS y O. Y J. TAFFANEL 1958. *Le premier Âge du Fer languedocien. 2^{ème}. Partie. Les nécropoles à incinération*. Bordighera.
- K. R. MACCONE 1987. Hund, Wolf und Krieger bei den Indogermanen. W. Meid (Ed.) *Studien zum indogermanischen Wortschaft*. Innsbruck: 101-154.
- D. M. MACDOWELL 1986. *Espartan Law*. Edimbourgh..
- P. MADDOZ 1847. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid.
- J. MALUQUER y B. TARACENA 1954. Los Pueblos de la España Céltica. R. Menéndez Pidal (Ed). *Historia de España* I,3: 1-299.
- F. MARCO 1987. La religión de los Celtíberos. *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza: 55-74.
- F. MARCO 1994. La religión indígena en la Hispania indoeuropea. AA.VV. *Historia de las religiones de la Europa Antigua*. Madrid.
- P. DE PALOL 1958. *La necrópolis hallstättica de Agullana (Gerona)* (Bibliotheca Praehistorica Hispana 1). Madrid.
- A. PEÑA 1994. O territorio e as categorías sociais na Gallaecia Antiga: un matrimonio entre a Terra (*Treba*) e a Deusa Nai (*Mater*). *Brigantium* 17: 33-78.

- E. PERALTA 1990. *La Cantabrie préromaine (du IVe. au Ier s. av. J.-C.)* (Tesis Doctoral de la Universidad de Paris-Sorbonne). Paris 1996.
- E. PERALTA 1990. Las cofradías guerreras indoeuropeas en la España antigua. *El Basilisco* 3: 49-66.
- E. PERALTA 1991. Confréries guerrières indo-européennes dans l'Espagne ancienne. *Études indo-européennes* 10: 71-123.
- G. PEREIRA 1982. Los castella y las comunidades de Gallaecia. *Zephyrus* 34-35: 249 s.
- A. L. PROSDOCIMI 1991. Lingua e scrittura dei primi Celti. *I Celti*. Milano: 51-59.
- F. ROMERO 1977. *Las cerámicas policromas de Numancia*. Valladolid.
- G. RUIZ ZAPATERO 1985. *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica. (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense 83/85)*. Madrid.
- G. RUIZ ZAPATERO 1993. El concepto de Celtas en la Prehistoria Europea y Española. *Los Celtas: Europa y España*. Madrid.
- G. RUIZ ZAPATERO 1997. La noción de celtas y su empleo académico y político. *Celtas y celtíberos. Realidad y leyenda*. Madrid: 23-36.
- J. SANMARTÍ 1994. Éléments de type laténien au nord-est de la péninsule Ibérique. *Aquitania* 12: 335-351.
- W. SCHÜLE 1969. *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel. (Madri-der Forschungen 3)*. Berlin.
- A. C. F. DA SILVA 1986. *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.
- P. F. STARY 1982. Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsel. *Madri-der Mitteilungen* 23: 114-144.
- R. SYME. The Spanish Romans, *Colonial Elites. Rome, Spain and the Americas*, London 1958.
- A. TOVAR 1957. Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico. *Zephyrus* 8: 77-83.
- A. TOVAR 1961. *The Ancient Languages of Spain and Portugal*. New York.
- A. TOVAR 1977. El nombre de celtas en Hispania. *Homenaje A. García Bellido III (Revista de la Universidad Complutense)*. Madrid: 163-178.

- A. TOVAR 1977a. Indogermanisch, Keltisch, Keltiberisch. K.H. Schmidt (Ed.) *Indogermanisch und Keltisch*. Wiesbaden: 44-65.
- A. TOVAR 1986. The Celts in the Iberian Peninsula: archaeology, history, language. K.H. Schmidt - R. Ködderitzsch (eds.) *Geschichte und Kultur der Kelten*. Heidelberg: 68-101.
- J. UNTERMANN 1975. *Monumenta Linguarum Hispanicarum I. Die Münzlegenden*. Wiesbaden.
- J. UNTERMANN 1985. Los teónimos de la región lusitano-gallega. *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas, Lisboa 1980*. Salamanca 1985b. pp. 343-363.
- J. UNTERMANN 1987. Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch. *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas, Vitoria 1985*: 57-76.
- F. VILLAR 1991. *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e Historia*. Madrid.
- F. VILLAR 1995. Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalandaigae, Trebopala, Pales, Vispála. *Kalathos* 13-14: 355-388.
- L. VILLARONGA. *Numismática antigua de Hispania*. Barcelona 1979.